

Los Gobernadores de Guayaquil del siglo XVIII

EN cumplimiento del honroso encargo recibido de la Academia para informar acerca de la obra de don Abel-Romeo Castillo, *Los Gobernadores de Guayaquil del siglo XVIII* (Madrid, 1931, XII + 397 páginas, 4.º), me atrevo a proponer el siguiente dictamen:

“Ha de ser motivo especial de satisfacción para nuestra Patria ver el desarrollo que la historiografía americana va tomando, y el carácter que los escritos históricos en las que fueron nuestras antiguas colonias adquieren desde algún tiempo a esta parte. Los rígidos métodos de investigación y trabajo adoptados en los medios científicos europeos vense ya en uso en los estudiosos de los países americanos, y muchos de éstos envían sus jóvenes a aprender a Europa, con lo cual se va perdiendo —por fortuna— el tipo de libro de historia americana, cuya base fundamental era la Retórica y el sentimentalismo, sin que faltara su poquito de ataque, claro o insidioso, a la metrópoli que civilizó aquellas extensas comarcas. Hoy no es infrecuente encontrarse con monografías tan científicamente acabadas como la referente a *Los fundadores de Bogotá* (1923), por el colombiano doctor Raimundo Rivas, o con edicio-

nes tan afinadas como la que hace el venezolano doctor Caracciolo Parra de las *Obras completas* del famoso beneficiado de Tunja *Juan de Castellanos* (Caracas, 1930).

A este grupo de estudios históricos, donde se ponen a contribución los archivos americanos y los españoles; donde se relatan los hechos tales como aparecen en los documentos, sin modificarlos por la pasión, de aquí o de allá; donde se busca servir a la verdad, pertenece el libro de don Abel-Romeo Castillo. Limitado su intento a una sola localidad (Guayaquil) y a un período relativamente corto, el que va desde 1763 hasta 1803, en el cual ejercen la autoridad en aquella hermosa ciudad los gobernadores militares, puede el señor Castillo profundizar en la busca de noticias y presentar una monografía acabada de tan interesante período político.

Como base indispensable, trata brevemente la historia de Guayaquil corregimiento, y señala las causas a que se debió la erección del gobierno militar: la urgente necesidad de fortificar el puerto y el astillero, cuando a mediados del siglo XVIII los ingleses apretaban cada vez más, por medios lícitos o no, contra nuestro comercio y contra nuestros puertos en Indias.

Creado en gobierno el corregimiento de Guayaquil por Real decreto de 8 de diciembre de 1762, se inicia la gestión de los gobernadores con la de don Juan Antonio Zelaya y Vergara (1763-71), que padece la pena de ver el "fuego grande" de 1764 y la ruina casi total de la ciudad; tiene que refrenar el "motín del aguardiente" (1766), grave rebelión popular contra el impuesto sobre tal bebida, y asiste a la expulsión de los Jesuitas (1767), muy queridos en Guayaquil.

A Zelaya siguió don Francisco de Ugarte (1772-79),

que tuvo grandes y poderosos enemigos, como consecuencia de su natural áspero y ligero; luego ejerció el mando don Ramón García de León y Pizarro (1779-90), en cuyo tiempo se erigió el obispado de Cuenca (1785), con preterición de las aspiraciones de Guayaquil; después, don José de Aguirre e Irisarri (1790-95), persona digna de toda loa, tanto en su gestión al frente del gobierno como en su actividad militar en el período de la guerra de la Independencia de España contra los franceses, y finalmente don Juan de Mata y Urbina (1796-1803), que deja en próspero estado su gobierno, pocos años antes de la emancipación.

El tono general del libro responde al deseo de historiar el aspecto político: ese es el resultado que arrojan los documentos —oficiales en su mayor parte— consultados; y ya confiesa el autor la falta de algún capítulo que reflejara la situación interna, la vida social de la ciudad en este período. Es labor más lenta; cuando monografías del tipo de las que analizamos se hayan multiplicado en toda América, llegará el caso de ahondar en el conocimiento de la historia social, mucho más interesante desde luego que las cotidianas actividades de funcionarios, con sus pasiones y rencillas, sus buenas o malas artes, casi siempre iguales en todos los tiempos y en todos los países habitados por hombres. Sin embargo, no dejan de señalarse ciertas noticias que en su día podrán servir de base a más fecundas investigaciones.

A más de tener el libro indicadas siempre las fuentes documentales, utilizadas en diversos archivos españoles y americanos, añade el autor una completísima bibliografía de obras referentes a Guayaquil (reconociendo honradamente cuáles no ha consultado) y copiosos

índices de materias y nombres geográficos de personas y de autores. Avaloran el libro varias láminas, que reproducen asuntos de la época colonial, mapas, obras públicas, etc.

Por todas las circunstancias anotadas, creo que la obra del señor Castillo *Los Gobernadores de Guayaquil del siglo XVIII*, es de mérito relevante y así debe comunicarse al Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes a los efectos del artículo 1.º del Real decreto de 1.º de junio de 1900.”

Tal es mi opinión, que someto gustoso al juicio de la Academia.

Madrid, 30 de octubre de 1931.

A. GONZÁLEZ PALENCIA.

Aprobado en sesión de 6 de noviembre.